

18. La liberación del hombre de su problema innato

Por la forma en que el hombre ha sido creado, queda claro cómo puede tener lugar su liberación personal. Dado que el espíritu sólo puede controlarse a sí mismo desde dentro, sólo cada individuo puede aplicar por su propia cuenta la nueva vida creada por Dios. Esto está disponible como una medicina o un remedio, pero sólo puede ser tomado por el individuo mismo. Sin embargo, si la persona no la recibe por fe y no la aplica en su vida, entonces la creación de la nueva vida por parte de Dios ha sido en vano para ella.

La liberación y la redención del error innato sólo son posibles en cooperación con Dios. Dios creó los medios, y la aplicación depende del individuo. Entonces, el hombre mismo es responsable de su liberación o no. Nadie puede hacer nada en su lugar, excepto el propio hombre. Para ello, sin embargo, se requiere una cierta capacidad de autoconocimiento, la conciencia de las leyes de la naturaleza y el reconocimiento de la dependencia espiritual en Dios.

Me gustaría explicar el proceso de aceptación de la nueva vida por la fe, basándome en mi experiencia.

Como ya he compartido, desde niño creí que tener una familia feliz sería el éxito de mi vida. Así que me casé siendo muy joven para que este sueño se hiciera realidad rápidamente. Sin embargo, las cosas resultaron ser diferentes de lo que esperaba.

Mi primera necesidad espiritual es la armonía. Así que las expectativas que tenía de mi esposa eran bastante altas. Básicamente, quería que mi esposa cumpliera tres cosas:

1. Quería que me entendiera. Que entendiera mis sentimientos más íntimos y se relacionara correctamente con ellos;
2. Quería que me escuchara cuando tenía algo que contar. Sin embargo, ella lo sabía todo mejor y yo no tenía la oportunidad de hablar;
3. Este era un deseo inusual, es decir, que sonriera por la mañana al despertarse. Como alguien que necesitaba armonía, vivía de su sonrisa.

En el error de mi corazón, parecía natural que mi esposa debía satisfacer esas necesidades. Sin embargo, como mis expectativas no se cumplían, me sentía infeliz con la relación. Procedente de una familia cristiana, había aprendido que el matrimonio era para toda la vida y que no podía abandonarlo cuando quisiera. Así que me resigné a esta situación sin aceptarla internamente.

Cuando eres infeliz, intentas satisfacer tus necesidades por otros medios. Así es como me hice adicto al cine, a internet y al deporte. Cuanto más infeliz era con mi esposa, más fuertes se volvían mis adicciones.

Al mismo tiempo, era muy activo en la comunidad de mi iglesia, porque desde niño quería ser pastor. Me involucraba en todo lo que podía, sin darme cuenta de que esas actividades eran también un intento de cumplir mi propósito en la vida. Sin embargo, no encontraba satisfacción en ningún sitio. Mi trabajo como médico en la clínica, mis actividades en la comunidad de la iglesia, en casa con mi familia - nada de ello me satisfacía. Las expectativas que tenía de mi entorno no se cumplían. No tenía la menor idea de por qué me sentía tan infeliz, inquieto e insatisfecho.

Así que, a finales de 2002, tras terminar mi especialización médica, llegué a la conclusión de que necesitaba un descanso y decidí tomarme un año sabático. Quería mejorar mi situación familiar para poder continuar con mi matrimonio.

Para dar una imagen más clara de nuestra familia a finales de 2002, cabe mencionar un aspecto más. En 1998, una familia de 6 niños de nuestra iglesia local se desintegró. Se planteó la cuestión de qué debía ocurrir con los niños abandonados, cuyas edades variaban entre los 7 y los 17 años. Bajo la guía de Dios, rápidamente decidimos acoger niños en nuestra familia y nos convertimos en padres adoptivos de 6 niños. Fue una situación estresante pero muy satisfactoria para mí. Amaba a los niños y pasaba mucho tiempo haciendo todo tipo de actividades con ellos.

Esta nueva situación, aunque enriquecedora, seguía sin hacerme feliz. El sueño de una esposa que me hiciera feliz ocupaba constantemente mis pensamientos. Sin embargo, como no quería renunciar a mis hijos, me tomé el año sabático a finales de 2002. Quería utilizar todos los medios a mi alcance para ser feliz en familia. Quería ser más receptivo con mi mujer para que ella cambiara y pudiéramos seguir siendo una familia.

Sin embargo, el plan no funcionó. Tras los primeros meses de 2003, llegué a la conclusión de que no podía cambiar a mi esposa. Según las ideas que tenía entonces, no me quedaba más remedio que divorciarme y buscar otra mujer que me hiciera feliz. En mi sufrimiento, estaba dispuesto a renunciar a mis hijos adoptivos con tal de finalmente ser feliz. Tenía 39 años y pensaba que si no lo hacía ahora, sería infeliz el resto de mi vida.

Hice un nuevo plan para separarme al final del curso escolar. CANCELÉ el contrato de alquiler de la casa donde vivía con los niños. Los niños, que aún eran menores, se irían a vivir con su madre, yo me iría a vivir con mi madre y mi mujer podría irse a vivir con sus padres también. Así todos estaríamos asegurados y tendríamos un lugar donde vivir.

Justo antes de hacer el plan de separación, había planeado un viaje a Estados Unidos en el verano de 2003 para visitar a una familia en la que la pareja también era consejera matrimonial. El viaje fue cuidadosamente planeado y, aunque mi decisión de separarme ya estaba tomada, viajé a Estados Unidos. Después de una sesión de asesoramiento matrimonial de unas 3 horas, el 1 de junio de 2003, en la que defendí firmemente mi postura y no quise entrar en una reconciliación, me vino un pensamiento: ***"Si guardarás Mis mandamientos, yo me ocuparé de tus necesidades"***.

Era un pensamiento extraño que al principio me entusiasmó, porque ofrecía la perspectiva de que podía ser feliz. Sin embargo, cuando reflexioné un poco más, me di cuenta de la condición para satisfacer mis necesidades: *"Si guardarás mis mandamientos"*. Como cristiano, conocía los 10 mandamientos desde la infancia y, en mi caso, se aplicaba el séptimo mandamiento, que decía no cometer adulterio.

Yo argumentaba en mi mente que había sido fiel a mi familia durante 20 años, al menos físicamente, pero no era feliz. ¿Y ahora tengo que quedarme en la familia para ser feliz? No lo entendía y dejé de pensar en ello.

Una semana después, nos reunimos con la familia de consejeros matrimoniales para despedirnos. Éramos 10 personas en una habitación, mi esposa y yo con tres de nuestros hijos adoptivos de 14, 16 y 18 años y la familia con sus tres hijos de una edad similar. Se suponía que sería un breve intercambio sobre el tiempo que pasamos juntos. Durante esta conversación,

el padre de la familia se volvió hacia mí y de repente me preguntó: "¿Estás decidido?"... Cuando oí estas palabras, estaba seguro de que me estaba preguntando si estaba decidido a separarme de la familia, porque para entonces ya se lo había comunicado claramente. Sin esperar al resto de la pregunta, respondí alto y claro con un "Sí". Sin embargo, su pregunta se formuló al revés: "¿Estás decidido a *quedarte* con tu familia?". Mi "Sí" alto y claro no pudo ser ignorado. Los niños y yo nos quedamos sorprendidos, porque sabían que estaba decidido a separarme, no a quedarme. Me encontraba en un dilema para el que necesitaba una solución. Había dicho "sí" a algo a lo que no quería decir "sí".

Mi única opción era retirar inmediatamente el "Sí" o aceptarlo. No sé qué me hizo aceptar ese "Sí" a quedarme con mi familia, pero lo hice internamente. En ese momento, se cumplió la promesa de Dios de que mis necesidades se verían satisfechas si me quedaba con mi familia.

No puedo explicar cómo sucedió, pero mi gran hambre de ser amado por una mujer desapareció. Mi descontento e inquietud terminaron de inmediato. Obtuve una paz interior que no ha abandonado desde entonces. Atrás quedaron todas las adicciones que me habían acompañado en mi infelicidad y contra las que había luchado sin éxito hasta entonces. A día de hoy, más de 21 años después, no han vuelto a aparecer.

Esta experiencia fue tan conmovedora que no puedo describirla con detalle. Toda mi vida cambió porque fui liberado de una prisión interior. Mi cuerpo también reaccionó, curándome de los dolores de espalda que padecía desde hacía décadas. Las migrañas, que sufría desde los 15 años, desaparecieron en ese momento.

Considero que esta experiencia me cambió la vida. Renuncié a mi antigua vida, caracterizada por la idea errónea de que otra persona debía hacerme feliz, y acogí en mi corazón la nueva vida que Dios creó en Su Hijo. Esto me conectó con la fuente de amor y paz y así mis necesidades pudieron ser satisfechas.

En el periodo anterior a esta experiencia, a veces tenía grandes dudas sobre la existencia de Dios. No lograba comprenderle y a veces me preguntaba dónde estaba. Sin embargo, esta experiencia me dio una pista clara de que Él existe y de que es la fuente de la felicidad completa.

Para disipar definitivamente mis dudas, también me dio pruebas indiscutibles de Su existencia en 21 años de experiencia práctica. La necesidad espiritual del hombre por amor, libertad, justicia, seguridad, etc. sólo puede ser satisfecha por Él y a través de Él. *Ciertamente*, la satisfacción de nuestras necesidades espirituales no ocurre a través de otras personas o por medio de la naturaleza. Por otra parte, es imposible que tengamos necesidades evidentes para las que no haya manera ni fuente por la que puedan ser satisfechas. Dios ha determinado que sólo Él es la Fuente para las necesidades espirituales del hombre.